

LATHROP, T. A.  
*Curso de gramática histórica española*  
(Con la colaboración de J. Gutiérrez Cuadrado)  
Barcelona, Ariel, 1984, 387 págs.

Fernando Rivera Cárdenas

La obra de T. A. Lathrop que ahora se publica es español pretende ser, según declara su autor en el prólogo, "una gramática histórica concisa y escrita pensando en el principiante" (p. 9), un tipo de texto que no pudo encontrar siendo estudiante y que ahora, siendo profesor de la disciplina se ha decidido a escribir él mismo (p. 9). El título de la edición norteamericana, *The Evolution of Spanish. An Introductory Historical Grammar* (Hispanic Monographs, Department of Languages and Literature, University of Delaware, 1980) refleja bien ese carácter. En la edición española J. Gutiérrez ha añadido unos apéndices ("Nociones de fonética y fonología", pp. 205-216; "El tránsito del español medieval al moderno: reajuste fonológico", pp. 217-224; "Comentarios de texto", pp. 225-334) y el título original se ha sustituido por el de *Curso de gramática histórica española*.

El título castellano resulta ambiguo. Claro está que los "cursos de gramática histórica de la lengua española" pueden ser de muy distintos niveles. Pero con un título así el estudioso español tiende a pensar en un manual como el de R. Menéndez Pidal o el de V. García de Diego, lo que está muy alejado de la realidad. Si se tiene presente que T. A. Lathrop dedica el capítulo primero a ofrecer una apretada síntesis de los rasgos principales de la lengua latina que ofrecen particular relevancia en la evolución del español ("La herencia del latín vulgar", pp. 19-83), y que lo que es propiamente gramática histórica del español se reduce a dos capítulos ("Fonética histórica: evolución de los sonidos", pp. 84-137; "Morfología histórica: la evolución de las formas", pp. 138-201) —es decir, que el núcleo del *Curso* se reduce a 119 páginas, en tanto que la introducción del latín vulgar comprende 64 y los apéndices 129—, puede el lector hacerse una idea aproximada de hasta qué punto la edición española sigue en lo esencial a la norteamericana.

El núcleo teórico del *Curso* de T. A. Lathrop es, en efecto, una versión simplificada del *Manual* de R. Menéndez Pidal. Si, por ejemplo, centramos nuestra atención en la morfología verbal, notamos que no se efectúa una comparación general de la conjugación latina y española, no se explica con minuciosidad

cómo la analogía perturba las leyes fonéticas, no se examinan detenidamente las variaciones que experimenta la vocal temática, se omite prácticamente lo relativo a la acentuación verbal, no hay un apartado específico dedicado al análisis de las desidencias, y, en general, el estudio de los tiempos verbales presenta un carácter excesivamente esquemático. En la parte fonética, por citar otro ejemplo, sorprende la escasa atención dedicada a la yod (pp. 26-27, 102-105, 128-132) como elemento perturbador de las evoluciones vocálicas y consonánticas. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero no tendría sentido hacer una comparación detallada entre el *Curso* y el *Manual* de R. Menéndez Pidal, cuando T. A. Lathrop ya advierte que su trabajo es un texto introductorio, y cuando, por otra parte, reconoce que se ha "servido a menudo y con toda libertad de las obras de Ramón Menéndez Pidal", añadiendo: "en realidad me pregunto si de no haber sido por este erudito dispondríamos hoy de una historia de la lengua española" (p. 12).

El problema es otro, a nuestro juicio. Un manual —por propia definición, diríamos— va dirigido siempre a estudiantes de un determinado nivel de enseñanza. Los manuales de gramática histórica tienen un público especializado o que, al menos, ya ha dado los primeros pasos que lo encaminan a la especialización en filología hispánica. Así ocurre, con escasas salvedades —que nosotros sepamos— en nuestro país. Por ello resulta comprensible que un manual de estas características esté plenamente justificado en los Estados Unidos por razones que podríamos llamar "contextuales" —el sistema educativo norteamericano tiene que ver bien poco con el español—, pero no se nos alcanza a comprender el motivo y la finalidad de la traducción española. ¿Qué concepto de utilidad puede haber sugerido la conveniencia de esa traducción— y con ese título—? La reacción de los estudiosos españoles habituados a las sucesivas reimpresiones del *Manual* de D. Ramón Menéndez Pidal y a la *Gramática Histórica Española* de D. Vicente García de Diego no puede ser otra que la de extrañeza y perplejidad. El *Curso* o, por mejor decir, la *Introductory Historical Grammar* de T. A. Lathrop tenía sentido en el contexto en que nacía, pero deja de tenerlo —o al menos lo tiene mucho menor— en un contexto español. Se ha apuntado, por ejemplo, en más de una ocasión que el *Manual* de Don Ramón adolecía de cierta oscuridad en la morfología verbal —¿debidamente al autor o, más bien, a las características de la propia materia tratada?—, pero lo que importa poner de relieve es que en tal punto el nuevo manual no aporta claridad, sino simplificación. El libro de T. A. Lathrop está escrito cuidadosamente, velando por todos y cada uno de los aspectos pedagógicos —y en esto es una magnífica obra, cuyo valor debe tenerse muy presente—, pero el sentido pedagógico y la claridad se basan esencialmente en recortar y aderezar la compleja verdad científica, lo que en modo alguno es justificable. En consecuencia, la pregunta básica queda sin respuesta: ¿Por qué traducir este manual para un público de estudiantes y estudiosos en general que normalmente maneja los textos clásicos de R. Menéndez Pidal o de R. Lapesa? Los resúmenes, por cuidadosos que estén, no dejan de ser sucedáneos de los textos clásicos. No deben confundirse los niveles. Mucho menos, bajarlos.

Respecto a los apéndices, de los que se ha encargado sobre todo J. Gutiérrez Cuadrado, hemos de hacer las siguientes consideraciones. Los dos primeros ("Notiones de fonética y fonología", pp. 205-216; "El tránsito del español medieval al moderno: reajuste fonológico", p. 217-227) son de un claro carácter elemental que encajan bien con el núcleo teórico de la obra. Pensamos que tales apéndices están más en relación con el ambiente del que surge la obra original en inglés, que con los lectores y estudiosos españoles, y ello porque son drásticas simplificaciones de las exposiciones magistrales de E. Alarcos Llorach (*Fonología española*, Madrid, 4.ª ed. aument. y rev. 1971) y R. Lapesa (*Historia de la lengua española*, Madrid, 9.ª ed. correg. y aument. 1981). Y teniendo en cuenta que fueron escritos *ex profeso* para la edición española, plantean con mayor agudeza el problema que señalábamos más arriba: ¿a qué estudiantes españoles se dirigen estos apéndices? Cuesta

trabajo creer que a estudiantes universitarios de filología.

Los tres comentarios de texto que forman el tercer apéndice ("El Poema de Mio Cid", pp. 228-291; "Primera Crónica General de España", pp. 292-315; "Juan Ruíz, Libro de Buen Amor, pp. 316-334) constituyen, a nuestro juicio, la parte del libro que encierra mayor utilidad. El primero es de tipo "exhaustivo", en la línea de los de F. Marcos (*El comentario lingüístico*, Madrid, 1977, pp. 91-125) o M. Ariza (*Comentario lingüístico y literario*, Madrid, 1981, pp. 8-16, 17-47); el segundo y el tercero "están enfocados de una manera mucho más parcial, para mostrar algunas de sus ricas posibilidades" (p. 227) —no se trata, aunque pueda dar en principio la impresión, de *comentarios integrales*, como los de J. J. de Bustos Tovar (*Textos hispánicos comentados*, Córdoba, 1984, pp. 9-17) o A. Narbona (*Ibid.*, pp. 39-62). Estos comentarios —en la línea metodológica que siguen— están bien hechos. Y, precisamente, por ello, más que un complemento de la obra de T. A. Lathrop, pensamos que se trata de una superación. Estos comentarios señalan justamente los puntos débiles —que no son pocos— de la parte teórica. No acabamos de ver con claridad por qué unos comentarios de estas características aparecen publicados como "apoyo práctico" de una obra que, como hemos señalado más arriba, asume en su planteamiento las limitaciones propias de un texto para principiantes.

En definitiva, pensamos que se trata de una obra introductoria que —con independencia de los apéndices de la edición española— es susceptible de una doble valoración. Si atendemos al ambiente intelectual en que surge y la intención que preside la planificación de la obra, es un trabajo valioso —y ciertamente prestará un buen servicio en algunas universidades norteamericanas. Si pensamos en la traducción a la lengua española y el público español a que va dirigida, tenemos que decir que no acabamos de comprender la utilidad de este texto para los estudiantes españoles. Nuestros manuales o cursos clásicos (léase *Manual* de M. Pidal o la *Historia* de R. Lapesa) tienen notabilísimas condiciones pedagógicas.

No se trata de un caso único. Pensemos en el *Esquema de morfosintaxis histórica del español* de H. Urrutia y M. Alvarez, que viene a significar lo mismo en relación con la *Historia* de R. Lapesa y los muchos artículos de este autor que van configurando una magistral sintaxis histórica del español. Sirva de ejemplo la coincidencia casi total del capítulo "Personas gramaticales y tratamientos en español" (pp. 151-161) y el artículo correspondiente — con exactamente el mismo título—. ¿Qué servicio es el que rinde un escueto resumen? La labor del estudiante universitario consiste en estudiar los manuales clásicos y profundizar en la materia mediante la lectura, reflexión y estudio de los artículos especializados. Los manuales simplificados, del modo que sean, corresponden a una Universidad en la que, por educación y propias convicciones, no podemos ni queremos creer.